

JOSÉ ANTONIO RAMOS Y LAS AMBIVALENCIAS DEL DISCURSO NACIONALISTA DE LA PRIMERA GENERACIÓN REPUBLICANA EN CUBA

Magdalena López
Universidade de Lisboa

Resumen: La existencia de un nacionalismo oficial identificado únicamente con el independentismo y el sentimiento antiestadounidense parece explicar la relativa escasez de estudios sobre la primera generación republicana en Cuba. Buscando disminuir este vacío crítico, este artículo estudia la obra de José Antonio Ramos para ahondar sobre una corriente de pensamiento nacionalista que intentó balancear arielismo y proamericanismo a principios de siglo XX. Sin lograr constituir una fórmula integral de reconciliación entre polaridades, este discurso terminó por reducir al aislamiento a gran parte de la primera generación republicana. Atrincheros en un discurso elitista de la antipolítica, el rechazo a la opinión pública de intelectuales como Ramos, conllevó a la imposibilidad de establecer las alianzas necesarias para la consolidación de una identidad nacional viable aún en los términos reformistas neocoloniales.

UNA GENERACIÓN DESATENDIDA

Tras la firma de la Enmienda Platt (1901) que puso fin a la dominación española sobre Cuba, un grupo de intelectuales despertó a la vida pública durante las dos primeras décadas del siglo XX. Desde revistas como *Social* (1916–1936) y *Cuba Contemporánea* (1913–1925) hasta la publicación de novelas y obras de teatro, intelectuales de la primera generación republicana como Carlos Loveira, Arturo Montori, Carlos de Velasco, Miguel del Carrión, Luis Felipe Rodríguez, Mario Guiral Moreno, Jesús Castellanos y José Antonio Ramos intentaron reflejar críticamente la realidad cubana en el contexto de la nueva hegemonía estadounidense. Esta generación ha recibido escasa atención dentro de Cuba. Las reediciones de algunas de sus obras, así como sus inclusiones y menciones dentro de antologías, premios literarios y estudios panorámicos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, no han suscitado una reflexión crítica de igual magnitud a la producida alrededor de los escritores minoristas que surgieron a partir de 1923. José Antonio Portuondo, Jorge Ibarra y Rodríguez Alemán se cuentan entre los pocos estudiosos que han reflexionado sobre algunos escritores de la primera generación republicana logrando trascender los análisis

meramente descriptivos dentro de Cuba.¹ El posicionamiento ideológico de dichos intelectuales frente a Estados Unidos parece haber sido la principal causa de la escasez de estudios sobre el pensamiento nacionalista de principios de siglo en Cuba.

En el presente artículo me propongo recuperar a un escritor de esta generación para problematizar la tendencia a concebir un pensamiento nacionalista único, claramente opuesto a Estados Unidos. Abordar el caso representativo de José Antonio Ramos (1885–1946), enmarcándolo en una narrativa sobre el nacionalismo cubano, implicará lidiar con una ambivalencia ideológica que posteriormente desaparece en la propuesta de los escritores minoristas.

Wright (1988, 109) señala la elaboración de una teleología histórica revolucionaria conformada por la Guerra de los Diez Años (1868–1878), la Guerra de Independencia (1895–1898), el movimiento revolucionario de finales de los años veinte, el gobierno revolucionario de 1933 y la guerra de guerrillas entre 1956 y 1959, para legitimar la revolución cubana. Esta narrativa oficial ha tendido a obviar la formación de los discursos que sobre la cubanidad formularon las élites intelectuales de principios del siglo XX. La razón parece estribar en la dificultad de ajustarlos a esta teleología. La frecuente interpretación causalista de la historia ha llevado a interpretar de manera binaria diferentes tendencias o ideologías —por ejemplo, nacionalismo versus imperialismo, liberalismo versus socialismo, imperialismo versus antiimperialismo— eludiendo sus contradicciones internas o excluyendo aquellos aspectos que resultan forzosos de encasillar en estas polaridades. Intelectuales como José Antonio Ramos y Mario Guiral Moreno difícilmente pueden ser etiquetados dentro de una lógica binaria como intelectuales nacionalistas o proimperialistas. Ciertamente nacionalistas, su percepción respecto a la influencia estadounidense sobre la isla no era necesariamente negativa o beligerante. Por su parte, en 1901, un reconocido patriota como Manuel Sanguily votaría a favor de la Enmienda Platt a diferencia de los votos en oposición a la misma de Juan Gualberto Gómez y Cisneros Betancourt, sin que por ello, el primero haya sido menos nacionalista que los dos últimos. A su vez, novelas como *La copa vacía* (1913) de Luis Felipe Rodríguez y *Generales y doctores* (1920) de

1. Sobre José Antonio Ramos, ver *José Antonio Ramos: Un hombre de su tiempo* de Rodríguez Alemán (2003), único libro dedicado íntegramente al autor. En la contraportada, la editorial coincide en señalar la persistencia de este vacío crítico, afirmando que la obra del dramaturgo “ha carecido del tratamiento necesario por parte de la crítica” y que la publicación de Rodríguez Alemán pretende “resarcir este olvido involuntario”. Fuera de Cuba ha habido una mayor indagación sobre intelectuales de la primera generación republicana en académicos como Louis Perez, Lilian Guerra, Ann Wright, Rafael Rojas y Alejandro de la Fuente. Sus estudios resultan menos ceñidos a las determinantes ideológicas revolucionarias, sin embargo, notamos la persistencia de una menor producción crítica con respecto a otras generaciones estudiadas.

Carlos Loveira expresan un ideario nacionalista reformista que no llega a cuestionar estructuralmente la sujeción neocolonial de la república platista. Es claro que las posiciones de todos estos intelectuales resultan difíciles de reconciliar con una narrativa homogeneizante en la que el nacionalismo suele ser identificado únicamente con el independentismo y el sentimiento antiestadounidense.

Al igual que en el resto de América Latina durante el siglo XIX, la formulación de una cultura nacional cubana en la primera década del siglo XX estuvo en manos de una élite letrada. El carácter excluyente del proyecto de estos intelectuales ha llevado a su identificación con un nacionalismo blanco que vino a ser el hegemónico hasta los años 1920, momento en que irrumpen proyectos nacionalistas alternativos como el afrocurbanismo (Moore 1997). Ibarra (1981) por su parte, diferencia la formación de una cultura nacional durante el período de 1902 a 1930 de otra claramente nacional-popular que vendría a sustituirla después de los primeros veinticinco años.

Sin embargo, el discurso elitista de esta primera generación no ha sido el determinante ni de su completa desaprobación, ni de su completa inserción dentro del discurso teleológico revolucionario. A nuestro entender, esto se debe más a la posición contradictoria que dichos intelectuales establecieron con respecto a Estados Unidos que a la que establecieron con sus alteridades dentro de la nación. Esta contradicción se manifiesta en la admiración, y, simultáneamente, en cierto rechazo del modelo estadounidense. Esta ambivalencia parece apuntar a la dificultad interpretativa señalada por Montes-Huidobro (1990, 848) en el caso de Ramos: "los giros inesperados del devenir histórico lo colocan, nuevamente, fuera de los anaqueles escénicos: demasiado conservador para ser revolucionario y demasiado revolucionario para ser conservador".

Para Pérez (1999) la formación de la identidad nacional cubana parte de la dinámica relacional con Estados Unidos. Desde el siglo XIX, ese país funcionaba ya como marco de referencia para las élites criollas en la formulación de una identidad diferente de la metrópolis española. De ahí que, intelectuales como Domingo del Monte reconocieran en Estados Unidos la fuente de civilización que le era negada bajo el régimen colonial (Pérez 1999). Pérez señala la interesante paradoja de que los procesos de americanización sufridos por la isla conllevaron a la proposición de una cubanidad. La apropiación del modelo de modernidad y democracia estadounidense derivó en la sustentación de una nacionalidad planteada en los mismos términos de los de aquel país (Pérez 1999). Es importante reconocer, sin embargo, que a la formación de esta identidad contribuyeron también otras alteridades, entre los que estaban los españoles, y aquellos grupos sociales o raciales que se identificaban como diferentes de las élites criollas. De ahí que tanto los procesos de identificación como los de

desidentificación variasen de acuerdo a los diversos actores de la sociedad evitando así, la constitución de modelos inmutables de identidad.

En su libro acerca de la mitificación nacionalista de José Martí, Lilian Guerra propone que la existencia conflictiva entre varios proyectos de nación, respondió, ya para finales del siglo XIX, a procesos de confrontación política entre distintos sectores sociales (Guerra 2005). Lo interesante de este argumento es que permitiría entender la relación entre Estados Unidos y Cuba no únicamente bajo las premisas unilaterales de subordinación y aculturación, sino también, como el resultado de una dinámica interna en el nacionalismo cubano, resultado de la lucha por la hegemonía de determinados grupos sociales. La tesis de Guerra (2005, 12–13) señala:

Cuban nationalists engaged, manipulated, and even legitimated the role of U.S. imperialism in Cuba's internal governance for two reasons. First, they sought to blunt the appeal of rival nationalisms, and second, they wanted to neutralize the authenticity of their proponent's historical claims to acquire or retain state power.

La manipulación criolla de la hegemonía neocolonial estadounidense complejiza necesariamente la visión que sobre aquel país tenían las élites políticas e intelectuales de la isla. El discurso nacionalista oficial, por el contrario, va a dramatizar de una manera reduccionista la tensión maniquea entre la aceptación de la hegemonía estadounidense o su resistencia (Pérez 1999).

Durante el siglo XIX y los primeros años del XX, hubo un sector nacionalista proimperialista que veía en la asociación con Estados Unidos una manera de garantizar su propia hegemonía. Esta hegemonía encontraba su legitimación a través del discurso modernizador. Para este sector, la tutoría de aquella nación proveería los elementos necesarios para insertar exitosamente a Cuba en la senda de las grandes naciones. Este nacionalismo era promovido por un estrato de las clases media y alta que había sido educado y/o había vivido gran parte de su vida en Estados Unidos (Guerra 2005). Su experiencia fuera de Cuba legitimaba sus argumentos sobre la superioridad de aquel país. Se adherían a cabalidad al modelo difusionista según el cual “el desarrollo —o de manera intercambiable, la modernización— se produce como resultado de la penetración de la tecnología, el capital, el comercio, las instituciones políticas democráticas y la actitud de los países desarrollados” hacia los países subdesarrollados del resto del mundo (Joseph 2005, 100). El presidente Tomás Estrada Palma, firmante de la Enmienda Platt, es posiblemente el ejemplo más ilustrativo de este sector del nacionalismo proestadounidense. No fue el único, sin embargo. Para una buena parte del sector liberal antes y después de 1998, la subordinación a España condenaba a Cuba a apartarse de

la línea ascendente de la civilización (Pérez 1995), línea que Estados Unidos sí garantizaba. Ramos (1935, 38), por ejemplo, llegó a afirmar que “la civilización ibérica en América es una obra colosal, que en todo, menos en futuridad, pudiera decirse, sobrepuja a la inglesa”. A diferencia de ciertos sectores anexionistas que no tenían dudas sobre el fracaso de la nación cubana para insertarse en la senda modernizadora —bajo los alegatos deterministas acerca de la fatalidad de la heterogeneidad racial cubana (De la Fuente 2001)— esta generación creía en la posibilidad efectiva de un desarrollo progresivo bajo la guía de una nación más adelantada como la norteamericana. Esta guía se concretaba a través de la Enmienda Platt. En ella, Estados Unidos aseguraba en Cuba el control de la deuda pública y los tratados comerciales, el derecho a intervenir para proteger la vida, la propiedad o la validación de los actos del gobierno militar y la provisión de bases navales por períodos prolongados (Langley 1989).

No obstante, para otros sectores que habían apoyado las luchas independentistas, la Enmienda supeditaba de manera humillante la soberanía de la isla, originando una república mediatizada. Tal como lo expresa Pérez (1995, 192): “Cubans had achieved self-government without self-determination and independence without sovereignty”. En las dinámicas locales, la hegemonía de Estados Unidos se tradujo en la monopolización de la administración pública. La actividad económica, industrias, banca, servicios y centrales azucareras, quedó mayoritariamente concentrada en manos extranjeras —principalmente estadounidenses— con lo cual la burocracia estatal se ofrecía como uno de los pocos caminos abiertos a los cubanos para la obtención de recursos económicos. Ello conllevó a la formación de una estructura clientelista administrada por los partidos revolucionario, liberal y conservador, a la que muchos cubanos lograron insertarse como única manera de participar en la estructura neocolonial.

Para los intelectuales de *Cuba Contemporánea*, sin embargo, la postura proimperialista era complicada. Se trataba de una primera generación que irrumpía en la vida pública e intelectual en medio del pesimismo que supuso la usurpación de la independencia cubana por Estados Unidos. El orden neocolonial parecía cerrarles las puertas de la vida económica y política. Por un lado, no formaban parte de los círculos políticos partidistas, salidos en su mayoría del otrora Ejército Libertador. Ello conllevó a que tuviesen limitado acceso a la administración pública, principal fuente de ingresos para los cubanos (Hennessy 2000; De la Fuente 2001). Por otro lado, con el control estadounidense sobre los tratados de exportación e importación, las centrales azucareras, y el creciente monopolio sobre la tenencia de tierra, los cubanos habían sido prácticamente excluidos de la vida económica de su propio país (Hennessy 2000). Como a los jóvenes personajes Washington y Epaminondas Mendoza en la novela *Coaybay* de Ramos, el país ofrecía muy pocas opciones: intentar sumarse a las redes corruptas y parasitarias de la administración pública, participar en las rebeliones ar-

madas de turno para derrocar el gobierno, languidecer lentamente bajo el ejercicio de alguna profesión liberal en una república cuyas leyes sucumbían constantemente ante la fuerza de los caciques de turno, o marcharse al exilio. La sensación de alienación con respecto al país se expresa dramáticamente por boca de Washington Mendoza: “¿Qué le quedaba por hacer en la vida? Había intentado todos los caminos, y todos se habían cerrado para él. Era como un extranjero, como un réprobo en su propia patria. Su delito irremisible era pensar y sentir diferente del resto de sus compatriotas ¡no había esperanzas para él!” (Ramos 1926/1975, 163).

El desencuentro de estos jóvenes intelectuales con su entorno no llegó tan lejos como para que fuesen capaces de cuestionarse radicalmente las premisas que sostenían el neocolonialismo. Observaremos en el *Manual del perfecto fulanista* de Ramos la ausencia de una vinculación directa entre la hegemonía estadounidense y la situación económica y política cubana, del mismo modo en que se prescinde de un análisis sobre las dinámicas de las clases sociales (Rodríguez Alemán 2003). Sin embargo, era claro que el país estaba muy distante de los ideales del darwinismo social que profesó esta generación. En ese sentido, su visión rompió con la actitud meramente celebratoria del nacionalismo plattista.

ARIELISMO O PROAMERICANISMO: UN DILEMA RELATIVO

En su *Ariel* de 1900, José Enrique Rodó rescataba un origen común hispánico para exponer una identidad latinizada superior a la América anglosajona. Para ello se valía de oposiciones binarias como ocio creativo versus trabajo compulsivo, espiritualidad versus utilitarismo, inteligencia versus voluntad, solidaridad versus egoísmo, que le permitieron caracterizar positivamente la identidad latinoamericana. Sostenemos que la impronta de Rodó en la búsqueda de fuentes originarias europeas que le permitiesen la construcción de una identidad suficientemente sólida para confrontar discursivamente a los Estados Unidos, eludiendo cualquier pretensión de originalidad americana, derivó en el hispanismo cultural abrazado por diversos intelectuales caribeños, muchos de los cuales fueron admiradores de Rodó por su rechazo a la hegemonía estadounidense.² Tal como establece Montaldo (1999, 85), el desprecio hacia Estados Unidos planteado en el *Ariel*, implicó un reacomodo de lo español: “la clase intelectual [cerró] sus filas rescatando más que las tradiciones criollas, una

2. El amplio impacto que este texto tuvo en el Caribe hispanoamericano se refleja en que la República Dominicana fue el primer país de su publicación fuera del Uruguay en 1901 y de que ya, hacia 1904, Pedro Henríquez Ureña había divulgado un artículo sintético-crítico sobre las principales ideas de Rodó en aquella isla (Céspedes 2002, 160). Hacia 1905, Max Henríquez Ureña divulgó el *Ariel* en el suplemento *Cuba Literaria*. Rodríguez Alemán (2003) destaca la influencia del dominicano en el pensamiento de Ramos.

nueva alianza con el hispanismo". La latinidad de Rodó, entendida como la conjunción de la democracia griega con el *caritas* cristiano, resultó mucho más afín con la revalorización de un pasado colonial español que, con los paradigmas culturales franceses.³ El modelo de la democracia griega entendida por el uruguayo como una "aristarquía", es decir; como un orden dirigido por los más aptos y mejores, demuestra hasta qué punto Rodó temía la imitación de los procesos democratizadores que tuvieron lugar no sólo en Estados Unidos sino también en Francia. El hispanismo retoma el elitismo rodosiano y su silenciamiento sobre cualquier otro elemento identitario no blanco, enfatizando una herencia española, gracias a la cual América Latina se integraba a esa comunidad occidental celebrada por el uruguayo. Lo lograba, desde luego, de la mano de una "aristocracia del espíritu" (Montaldo 1999, 85). La identificación del arielismo con la deontología de los valores culturales españoles, particularmente su supuesto desprecio al trabajo productivo, es expresada por el mismo Ramos a lo largo de su novela *Coaybay*.⁴ Un ejemplo de ello lo constituye el episodio en el que su protagonista sufre la acusación de haber contraído la infección del "canibalismo yankee" por parte de un sector intelectual asociado a las tradiciones españolas (Ramos 1926/1975, 155).

Al intentar caracterizar el discurso nacionalista de principios del siglo XX y su postura frente a Estados Unidos, se suscita una polémica en torno a la influencia que tuvo el *Ariel*. Mientras algunos académicos dan por sentada la hegemonía cultural del discurso arielista en Cuba hasta la década de 1920, otros la niegan debido al pasado reciente de las luchas independentistas contra España, en las cuales tanto las consignas como la composición del ejército libertador, eran de condición popular. Con respecto a la existencia de un hispanismo dominante que, siguiendo la filiación identitaria de Rodó, resulta tributaria del arielismo, De la Fuente (2001, 251) asegura:

En contraste con los inicios de la República, cuando el futuro de Cuba era frecuentemente identificado con la expansión de su población blanca y de *sus raíces culturales españolas*, a fines de la década de 1920 el movimiento afrocubanista proclamaba que las influencias africanas eran al menos igualmente importantes en la definición del carácter de la nación cubana. (De la Fuente 2001, 256, la énfasis es mía)

3. Como han señalado académicos como Molloy (1992) y Aronna (1999), Rodó difícilmente podía ser empático con aquellos escritores modernistas que parecían imitar el modelo decadente y enfermizo de la literatura simbolista, parnasiana y decadentista francesa, tan opuesta al modelo saludable, viril y juvenil de una América arielizada dada su herencia cultural.

4. Olgúin (1947) y Herrera McElroy (1997) han llamado la atención sobre la afinidad de una parte del pensamiento de Ramos con intelectuales latinoamericanos como Alberdi y Sarmiento, admiradores de Estados Unidos y antihispanistas.

Wright (1988, 113) no duda en afirmar por el contrario, que para el grupo de escritores que gravitaron alrededor de la revista *Cuba Contemporánea*, lo español permanecía asociado a valores negativos:

The crude analogy of Latin American spiritual grace versus North American utilitarianism so popular among writers attempting to foster nationalism in other Latin American countries at the beginning of the century was disapproved of in Cuba for the disunity of the Americas implicit in it. This group favoured a rapprochement of all "American" intellectuals and rejected the prejudices of "Arielism" against the nation whose values could take them away from Spanish obscurantism, Catholic fanaticism and retrograde traditions. In anti-Spanish terms, consolidating links with the U.S. was the progressive stance. (El énfasis es mío.)

Lo que en aquel entonces se conocía como panhispanismo, tenía un apoyo considerable. A la significativa inmigración española, habría que agregar la continuidad de instituciones coloniales durante los primeros años republicanos: La Cámara de Comercio Española, El Casino Español de La Habana, el Banco Español de la Isla de Cuba y el importantísimo *Diario de la Marina* (Naranjo Orovio 2007). Intelectuales como Mariano Aramburu, Eliseo Giberga, Eduardo Sánchez de Fuentes y el joven José María Chacón y Calvo se preocuparon por enaltecer las raíces hispánicas de la cultura cubana aunque no necesariamente desde las mismas posturas ideológicas.

Sin embargo, la articulación de un discurso nacionalista blanco, no necesariamente respondía a la detentación de una identidad cultural hispanófila como sugiere De la Fuente. Pensemos, por ejemplo, en los casos de Jesús Castellanos y de Carlos de Velasco cuya hispanofobia no les impidió marginar al elemento negro. Por otro lado, también habría que matizar la afirmación de Wright, ya que el antihispanismo de los intelectuales liberales de principios de la república no era absoluto. Ramos por ejemplo, en su novela *Coaybay*, rescata cierta herencia cultural española en la romantización de una hidalguía patriarcal colonial, cuya austeridad e idealismo contrastarían con el derroche, la opulencia y el interés individual propio de la norteamericanización de la sociedad. Nuestro punto es que tanto el arielismo como el proamericanismo sirvieron de correlatos referenciales para la elaboración de un discurso nacionalista reformista que expresara las preocupaciones culturales y políticas de una generación blanca liberal de clase media que se sentía excluida del sistema neocolonial y que, al mismo tiempo que rescataba románticamente la historia gloriosa de las luchas independentistas, las relegaba a un pasado superado por la línea ascendente de la modernidad. De este modo, se legitimaban a través de la formulación de un origen nacional al tiempo que cerraban el paso a cualquier acción renovadora por la vía armada, siendo esto último lo que a principios de siglo abrazaban las figuras políticas de prácticamente todas las tendencias sin que ello implicase la sustentación de programas revo-

lucionarios o radicales. Tanto las rebeliones armadas como sus posibles protagonistas quedaban así reducidos al anacronismo: los veteranos de las guerras de independencia, los negros y mulatos, pero también aquellos blancos que habían venido a engrosar los partidos liberal y conservador, así como los múltiples caudillos regionales, los obreros que se rebelaran contra un sistema que los excluía, etc. Todos ellos conformaban amplios sectores que real y/o potencialmente les disputaban la hegemonía cultural y política a los jóvenes intelectuales.

LA POLÍTICA DE LA ANTIPOLÍTICA

A partir de enero de 1913, la revista *Cuba Contemporánea* se convirtió en uno de los principales órganos de difusión de la comunidad cubana imaginada por esta generación.⁵ Una de las vías de hacer patria fue la publicación de artículos que resaltaban las figuras de próceres como José Martí, Domingo del Monte, Antonio Maceo, Máximo Gómez, Antonio Zambrano y Carlos Manuel de Céspedes (Wright 1988). La revisión y exaltación de ciertos héroes de la historia de Cuba del siglo XIX siguió la dinámica propia de los discursos historiográficos modernos:

la historiografía separa en primer lugar su propio presente de un pasado, pero repite siempre el gesto de dividir. La cronología se compone de “períodos” (por ejemplo: edad media, historia moderna, historia contemporánea), entre los cuales se traza cada vez la *decisión* de ser *otro* o de no ser *más* lo que se ha sido hasta entonces (Renacimiento, Revolución). Por turno, cada tiempo nuevo ha dado *lugar* a un discurso que trata como muerto a todo lo que le precedía, pero que recibía un pasado ya marcado por rupturas anteriores. (De Certeau 2006, 17)

La reescritura de un pasado fundacional cubano supuso un gesto divisor frente a las luchas independentistas del siglo XIX. La decisión de ser otro, de clamar por un cambio en el modo de concebir la cubanía —de no ser más lo que se ha sido— es la actitud con la que esta generación busca legitimarse: “el discurso histórico vuelve explícita a una identidad social, no como ‘dada’ o estable, sino como diferenciada de una época anterior o de otra sociedad. Supone la ruptura que convierte a una tradición en un objeto pasado” (De Certeau 2006, 62). Esta ruptura estriba principalmente en una praxis política diferente de la vía armada. Durante los primeros veinte años del siglo se produjeron varios levantamientos violentos que constataron la debilidad institucional para dar respuesta a los más diversos reclamos sociales, económicos o políticos de los sectores de la sociedad. En su mayoría, fueron dirigidos por caudillos de los partidos liberal y conservador sin claras diferencias ideológicas entre

5. Tomo el concepto comunidad imaginada formulado por Anderson (1983) en su conocido libro *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*.

ellos.⁶ A la vista de intelectuales como Ramos (1926/1975, 131), las múltiples rebeliones impedían la modernización de la nación: “Yo me permito creer (. . .) que las batallas más gloriosas de esa cruzada [contra “el despotismo invisible del pasado y de la tradición”] no ha de ser tanto en el campo y a tiros como en la tribuna, en el libro, en el periódico y en la escuela”. José Antonio Portuondo resume los planteamientos del personaje Washington Mendoza en su oposición a los levantamientos armados de la siguiente manera: “la solución nos vendrá de la vida modesta, conservadora y recoleta, de la vuelta a la tierra que nos permitirá satisfacer, sin demasías ni pobreza, las necesidades cotidianas, y del fomento de la instrucción pública, de la propagación de la cultura, que nos devuelva el sentido de nuestra propia personalidad nacional” (Portuondo 1975, 368).

La interpretación histórica “implica un movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social” (De Certeau 2006, 35). La praxis interpretativa de la primera generación republicana condena la emulación de las luchas armadas del pasado para abogar por el disciplinamiento cívico de los actores nacionales. De ahí que, en conformidad con un discurso teleológico, aunque hay una visión idealizada de las prácticas de los fundadores de la patria, la alternativa revolucionaria está desechada de antemano en el presente. La negación de la vía armada permite legitimar el proyecto letrado de formación de una identidad nacional tutelada ya no por los antiguos actores de la política nacional, sino por una renovada élite civilista.⁷

El rechazo a las luchas revolucionarias conllevó a la certeza de la imposibilidad de un cambio radical tanto en la política nacional como frente a la sujeción neocolonial.⁸ Esta impotencia derivó en el discurso de la antipolítica que prometía la resolución de los conflictos mediante la aceptación de la ausencia de opciones de cambio viables. El interés general, superador de intereses particulares o de falsas ideologías, vendría garantizado por lo que Rancière (1996, 173) denomina “realismo” para referirse a una operación en la que la “consensualidad feliz” se sustentaba en “lo único que es posible hacer”. Si la política expresaba la imposibilidad de constituir un orden social republicano, entonces la antipolítica prometía el borrado de las divisiones internas negando la posibilidad de todo litigio

6. Una excepción importante la constituye el levantamiento armado del Partido Independiente de Color en 1912 a favor de la reivindicación política de la población afrocubana. El líder Evaristo Estenoz y la mayoría de sus miembros fueron aniquilados durante el gobierno de José Miguel Gómez.

7. Tomo el término *ciudad letrada* propuesto por Rama (1984) en su conocido libro homónimo.

8. La mayor crítica de Portuondo (1975, 367) hacia Ramos es, probablemente, la de “aceptar como dado e inmovible el fenómeno de nuestro colonialismo con respecto a la más grande potencia capitalista de todos los tiempos”.

político dada la inexistencia de alternativas. El discurso de la antipolítica vino acompañado de propuestas culturalistas y educativas a largo plazo. La economía, traducida en trabajo productivo, debía desplazar a la política como única vía para el desarrollo de la nación: "Yo creo que el nuestro no es un problema político, sino un problema económico-social" (Ramos 1926/1975, 129). De este modo, la actividad política quedaba reducida a un enfoque tecnocrático, una forma de "arquipolítica" basada en el saber exclusivo de los expertos (Rancière 1996, 90). En relación a Estados Unidos, era imposible la ruptura tutelar. En la novela *Coaybay*, la isla se ve constantemente presionada por la influencia poderosa de Norlandia, país que representa a Estados Unidos. Frente a esta situación uno de los jóvenes protagonistas concluye que "la invasión norlandesa había que admitirla y encauzarla, no oponerle romántica resistencia" (Ramos 1926/1975, 78). Para el personaje, la aceptación de la hegemonía estadounidense respondía a su visión realista respecto al poder de aquella nación.

La defensa de una vía reformista entonces, se justifica tanto por el concepto que esta generación tenía de Estados Unidos como sobre la nación cubana. La imposibilidad de vincular la situación neocolonial a la constante inestabilidad política y social llevó al razonamiento según el cual el pueblo cubano era la fuente principal de la decadencia nacional. Esta conclusión se apoyaba en las teorías científicas del positivismo que habían alcanzado auge en la segunda mitad del siglo XIX y, en las premisas culturalistas del sentimiento antiespañol. En *Cuba Contemporánea* se publicaron artículos de análisis y diagnóstico de la sociedad bajo estas perspectivas. Algunos de sus títulos sugieren el carácter correctivo científico: "El problema negro" y "Ni la amenaza ni la violencia: la ley", de Carlos de Velasco; "La indisciplina de nuestros pueblos" y "Aclimatación del cubano", de Luis Mario Pérez; "Nuestra indisciplina", de Enrique José Varona; "Aspectos censurables", de Mariano Guiról Moreno; "Las raíces del mal: Los remedios", de Julio Villoldo (Fernández Valledor 1991, 109); "La primera comunión cívica", de José Antonio Ramos; "El saneamiento de las costumbres públicas", de Mariano Guiral Moreno y Carlos de Velasco (Wright 1988, 113). El clima y la heterogeneidad racial por un lado, y el legado español por el otro, aparecían como los mayores obstáculos a superar.

RAMOS: DEBILIDADES Y CONTRADICCIONES DE LA ANTIPOLÍTICA

Ramos continúa la corriente de pensamiento positivista iniciada en Cuba por autores como Enrique José Varona, Luis Montané, Antonio Mestre y Ernesto Borrego, al condicionar los estudios psicológicos y sociológicos a factores biológicos. Concibiendo las naciones como estructuras orgánicas sujetas a ciertos determinismos establecidos por Herbert Spencer, Ramos (1935, 38) asegura en 1935: "Lo históricamente irrefutable

(. . .) es que nuestra América Centro-Austral, enorme, ubérrima, y situada mayormente en la zona tórrida, mantuvo en perpetua desorganización las tremendas, las ingentes energías españolas y lusitanas empleadas en la conquista"; y agrega que "el instinto predatorio de los peninsulares, al desenvolverse —como en el Sur de los Estados Unidos— entre esclavos y razas subyugadas, y en territorios fértiles, no conoció frenos ni límites" (Ramos 1935, 38). La decadencia de la sociedad cubana se traducía en una pésima combinación de factores en los que, como señala Manuel Olguín, la tradición española no era un agente menor:

Como espectros de una edad pretérita, los principios de la tradición hispánica desfilan en las obras de Ramos como una realidad de pesadilla: los prejuicios de casta, el desprecio al trabajo manual, el paternalismo despótico de la familia y el estado, el parasitismo de las clases altas, del clero y de la gente de espada, el fanatismo religioso, el falso idealismo legalístico y formulista, el control de la iglesia en la educación, la mojigatería de la mujer y el donjuanismo de los hombres. (Olguín 1947, 25)

Todos estos rasgos se conjugaban fatalmente en la práctica política, actividad que dramáticamente demostraba el atraso de la nación. En 1916 Ramos escribe su ensayo sociocultural, *Manual del perfecto fulanista*. Desde una posición de superioridad intelectual, avalada por la jerga científicista tomada de las ciencias naturales, el autor retrata y critica la realidad nacional. A la manera del método positivo, Ramos estudia el cuerpo nacional y ve su anatomía compuesta por suborganismos político-sociales. Aunque a lo largo del texto sostiene su condena hacia cierto pesimismo conformista, es claro que su diagnóstico es menos que desolador: "nuestra nacionalidad (. . .) es todavía una estructura informe y fragmentaria, ninguna de las cuales tiene espíritu arraigado de disciplina ni plena conciencia colectiva" (Ramos 1916/2004, 37). La falta de una unidad colectiva que consolide una conciencia nacional se traduce en una estructura nacional inestable, indisciplinada, y en la que los fulanos —caudillos de los partidos tradicionales— ejercen una política destinada a colmar sus propios anhelos personalistas. En esta estructura fragmentaria, Ramos (1916/2004) visualiza la hegemonía norteamericana como uno de los pilares sostenedores de los fulanos. Sin embargo, planteado su estudio como una observación sobre los microorganismos de la nación, para él los elementos patológicos permanecen en el interior de este cuerpo social. Razonado así, la agencia estadounidense aparece como una consecuencia y no como una de las causas del desorden nacional. En su ensayo "Los Estados Unidos y el patriotismo", de 1924, Ramos interpreta la continua intervención: "en los Estados Unidos predomina todavía la generosa idea fundamental de la Unión. Ya no se piensa en añadir estrellas. Pero ve [*sic*] nuestros pueblos dispersos, mangoneados miserablemente por bandos y caudillotes" (en Portuondo 1975, 371). Esta actitud comprensiva con el intervencionismo estadounidense fue la habitual hasta la década de 1920: "between 1913

and 1920 the 'Cuba Contemporánea' group produced no work comparable to the earlier violent critiques of U.S. imperialism by the Oriente journalist César Gandarilla, Colonel Enrique Collazo [...] or Juan Gualberto Gómez, the heirs to Martí's thought" (Wright 1988, 111). Por el contrario, "most articles in Cuba Contemporánea prior to 1920 stressed the safeguards the Platt Amendment provided for national security and excused U.S. incursions into Latin America as defensive policy" (Wright 1988, 111).

En 1918 Ramos da a conocer una de sus piezas teatrales más conocidas, *Tembladera*. La obra dramatiza, en un estilo realista, el drama de una familia de terratenientes criollos venida a menos en plena época de traspaso de tierras cubanas a manos estadounidenses. El nudo argumental radica en la posible venta del ingenio *Tembladera* a Míster Carpetbagger.⁹ Por causa de la quiebra, el viejo y cansado patriarca don Fernando Gonsálvez de la Rosa se ve conminado a vender su propiedad y repartir la ganancia entre sus hijos. El héroe de la obra, Joaquín Artigas, está resuelto, sin embargo, a impedir la venta. Hijo del antiguo administrador de la hacienda, Joaquín logró ascender socialmente formándose como abogado y participó en las luchas independentistas cuando era muy joven. Como administrador actual del ingenio, su cometido patriótico es conservarlo y ponerlo a producir evitando que caiga en manos extranjeras. Ahora bien, si Míster Carpetbagger supone la amenaza latente del monopolio estadounidense, el verdadero obstáculo a vencer radica en realidad en la mentalidad parasitaria de los hijos y del nieto de don Fernando Gonsálvez, quienes, sin apego alguno a la tierra, desean la venta inmediata del ingenio. Ramos presenta una galería de personajes —Mario, Luciano, Teófilo, Gustavo— para mostrar una juventud que por diversas razones —consumismo, aculturación, egoísmo, resentimiento social, hedonismo— formarían parte de esos microorganismos sociales que impiden el desarrollo sano de la nación. A través de un cuerpo nacional cubano que se debate entre el oportunismo y la indiferencia, Ramos retrata un mundo desarraigado, no tanto por la presencia extranjera como por la falta de voluntad patriótica de sus ciudadanos. La resolución optimista de la trama no se produce con el desvanecimiento de Míster Carpagger —personaje que por lo demás nunca aparece en escena— sino por la decisión final de don Fernando Gonsálvez de dejarles el ingenio a Joaquín y a su hija Isolina, la pareja fundacional del proyecto nacional que Ramos propone para el país.¹⁰ Ambos habrán de sentar las bases de una nueva clase patriótica que sustituirá a los decadentes terratenientes criollos (Herrera McElroy 1981), impidiendo el monopolio estadounidense de las tierras. En el extremo moralmente opuesto,

9. Nótese la caracterización como un oportunista venido de fuera en el nombre del personaje.

10. Tomo el concepto pareja fundacional desarrollado por Sommer (1993) en su libro *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*.

el personaje Gustavo, hijo de don Fernando, es la antítesis de Joaquín, representa una clase oligárquica parasitaria que sólo aspira a vivir de las rentas o de la herencia familiar. La caracterización de Gustavo expresa la denuncia contra el legado hispanófilo. Sin embargo, la causa de que el nieto Teófilo se asemeje a su tío Gustavo tiene otro origen. Su problema radica no tanto en una cultura colonial heredada como en su desmesurada admiración por Estados Unidos que lo lleva a la enfermiza obsesión de abandonar el país a toda costa para irse a Nueva York. Tanto Teófilo como Gustavo —los dos personajes moralmente condenables de la obra— fueron educados en Estados Unidos. Con ello el autor pareciera implicar que parte de su falta de patriotismo tiene que ver con la americanización que han experimentado. Al contraponer el trabajo productivo de la tierra a la improductividad de estos dos personajes, Ramos cuestiona tanto el legado español como la influencia estadounidense. Sobre esto último es, sin embargo, cuidadoso. La influencia norteamericana tiene consecuencias negativas específicamente en aquellos que no están en capacidad de asumirla con la suficiente madurez y preparación. Así se lo explica Isolina a Teófilo a propósito del deseo hipotético de Joaquín de enviar a sus hijos a estudiar a Estados Unidos:

Él habla de mandar jóvenes ya formados (. . .) hombres ya hechos en Cuba y capaces de asimilar con fruto la civilización norteamericana, en vez de deslumbrarse con ella y renegar de su patria no porque en su patria echen de menos la cultura y el civismo “yankee”, sino porque en ella no vean los “rascacielos”, ni un Coney Island, ni la Quinta Avenida. (Ramos 1918/1962, 363)

Tanto en el *Manual del perfecto fulanista* como en *Tembladera*, los males nacionales no radican tanto en la hegemonía extranjera como en el ocio improductivo del pueblo cubano, o bien dedicado a la política, o bien al snobismo de la clase media y alta, así como en su deslumbramiento frívolo por Estados Unidos. En ambos textos, Ramos oscila entre un elitismo arie-lista de franco desprecio a las masas y a la clase media norteamericanizada que lo lleva a cuestionar a la inculta dirigencia política y, paralelamente, cierta celebración de la movilidad social que permitiría el protagonismo de personajes como Joaquín, quien ya no representaría a las tradicionales oligarquías establecidas durante la colonización española. Mientras lo primero lo aleja de la democracia estadounidense —la “mediocracia” del número para Rodó— lo segundo más bien lo acerca a ella. De ahí, el intento por lograr un cierto equilibrio entre el discurso identitario del escritor uruguayo y el sistema norteamericano.

Paradójicamente, mientras Ramos (1926/1975, 341) se erigía en la voz autorizada capaz de proponer los correctivos necesarios para el bien nacional frente a una “sociedad indolente e imitativa”, sus postulados peyorativos hacia esa misma sociedad lo llevaron a despreciar la política, actividad que veía fatalmente alejada de la ideal aristarquía rodosiana.

La visión peyorativa sobre los jóvenes aculturados y los funcionarios políticos se hacía extensiva a los intelectuales públicos, los cuales formaban también parte de la estructura enfermiza del fulanismo. Así queda también expresado en *Coaybay*: los “compatriotas, ajenos al hecho de vivir (. . .) obedeciendo a determinado ‘sentido de la historia’, sólo sabían de un modo positivo que el que escribe y da conferencias quiere algo, quiere notoriedad, influencia política: lo mismo, al fin y al cabo, que los otros” (Ramos 1926/1975, 154). La antipolítica, tal como lo expone Rancière, opera entonces como una forma de exclusión desinteresada, despolitizada, sobre niveles de la sociedad vistos peyorativamente. En uno de sus ensayos publicados en *Entreactos* Ramos afirma:

lo que necesita la nación es que se reste importancia a la política, que se limite la producción y multiplicación de ‘políticos’ y se conceda necesaria atención a las fuerzas vivas del país, a las proposiciones fecundas, a las actividades creadoras, hoy apabulladas, silenciosas y como espantadas por el escándalo de los mítines, discursos, juntas y conciliábulus, campañas enconadas y prédicas incendiarias. (Citado en Portuondo 1947, 219)

Es posible que la antipolítica esgrimida por esta primera generación republicana, respondiera a una posición defensiva frente al marginamiento económico y político que sufría. Marginamiento que se derivaba de las alianzas entre la tradicional clase dirigente y las muchedumbres. En consonancia con la argumentación de Rodó, la superioridad de esta generación estribaría en su calidad moral, en una espiritualidad ajena al quehacer político:

Politics to them were by definition evil. Indeed, “Cuba Contemporánea’s” first editorial stated specifically that they would remain equidistant from every political tendency. They held themselves morally aloof from the political meleé, censuring from the sidelines. This was, however, one of the biggest flaws in their campaign to “hacer patria” the idea that it could be achieved by non-political means. They substituted moralising for politics. (Wright 1988, 115)

En efecto, para estos jóvenes intelectuales, toda actividad política parece condenada al fracaso, dada la inferioridad moral e intelectual del pueblo cubano y de sus dirigentes. Ya en 1906, Ramos había escrito la pieza teatral *Almas Rebeldes* exponiendo esta preocupación. En ella, el protagonista Eugenio decide apoyar una huelga obrera aún en contra de los intereses de su padre, quien es el mayor accionista de la compañía. A pesar de su sacrificio, los trabajadores terminan traicionándolo. En 1914 Ramos escribió *Calibán Rex*, obra dramática en la que los ideales del doctor Gómez Viso se derrumban por culpa de una masa inculta y los oscuros intereses partidistas. En *Tembladera* por su parte, el desenlace feliz viene dado por la vuelta al campo y su explotación productiva fuera del escenario urbano y de las actividades políticas que allí tienen lugar.

El rechazo a la política interna como una actividad *calibánica*, demuestra hasta qué punto había un desprecio hacia sectores que resultaban ex-

cluidos en el discurso antipolítico. Dicho discurso, sin embargo, resultó poco estratégico. Determinó la escisión entre los posibles receptores de la obra de Ramos en el momento de consolidar las bases de la república. Limitado a los espacios privilegiados de alta cultura a través de las publicaciones de sus diversos ensayos, novelas y obras de teatro; perdió la posibilidad de participar en lo que Antonio Cornejo Polar denominó la “opinión pública”, como posible receptor masivo e inmediato de sus ideas nacionalistas,¹¹ bien fuese desde la tribuna partidista o bien, desde algún otro género literario popular como la crónica o las novelas de folletín.¹² La imposibilidad de dirigir una prédica nacionalista hacia un receptor masivo determina el fracaso de la propuesta de una generación que no logró consolidar un proyecto viable de nación.

La disyuntiva entre el espacio público y el torremarfilismo y su abrazo a la antipolítica, resultaron igualmente problemáticos en la trayectoria biográfica de Ramos. A diferencia de algunos de sus personajes idealizados que se dedican al trabajo productivo en el campo, Ramos no se decide a renunciar a la responsabilidad romántica del escritor como “guía heredero de las autoridades espirituales” de las naciones (Real de Azúa 1976, xi). Por ello declara en 1935: “el verdadero intelectual tiene otra misión que la del líder político. Este puede sacar partido de la confusión. Aquél tiene por razón específica de su existencia el deber de esclarecer, de serenar el espíritu y prepararlo para su triunfo sobre el caos” (Ramos 1935, 238). Vemos que, si por un lado rechaza la actividad política a favor del trabajo productivo fuera de la ciudad, por otro lado, postula lo que Rancière denomina una “arquipolítica”. Sus ensayos, su proyecto de reforma al Código Electoral Cubano (1914), la redacción de manifiesto de la Asociación Cívica Cubana (1916), su conferencia “Crítica de la hora actual y ensayo de una nueva justificación de la República de Cuba” (1921), demuestran hasta qué punto la actividad política para Ramos no negaba su posición como intelectual, no obstante sus críticas a otros individuos, letrados incluidos, que se dedicaban a ella abiertamente. Aún más, a pesar de la afirmación en *Coaybay* de que apelar a un sueldo del estado era “el eterno refugio de los incapacitados y de los inútiles” (Ramos 1926/1975, 341), Ramos ejerció como funcionario diplomático cubano la mayor parte de su vida, viviendo en el exterior, desde donde escribía muchos de sus textos. Su biografía demuestra las contradicciones entre lo que predicaba y lo que practicaba.

11. En su canónico ensayo “Inmediatez y perennidad”, Cornejo Polar (1984, 54) expone la bimetración de la recepción de las literaturas fundacionales de América Latina “entre un polo que se instala en la actualidad más inmediata del país [...] y otro que se desplaza hacia el futuro [...] bajo la reiterada imagen de una posteridad”.

12. Portuondo (1947, 218) reclama, por ejemplo, el que Ramos no haya tenido contacto con las publicaciones obreras cubanas de la época. Rodríguez Alemán (2003, 40), por su parte, llama la atención sobre “el desconocimiento casi total de las raíces de los problemas del sector campesino” para enfatizar el aislamiento social del autor.

Esta discrepancia revela la inconsistencia de las prédicas nacionalistas de esta generación y su consecuente ineficacia política.

COAYBAY: LA FRUSTRACIÓN NACIONAL

Hacia 1912 Ramos polemiza con el escritor venezolano Rufino Blanco Bombona a propósito de las afirmaciones arielistas de aquél: “No es cierto que los Estados Unidos sea un pueblo de cretinos ambiciosos y groseros. Neutralicemos sus armas con sus armas. Opongamos a su expansión una faz firme, una laboriosidad como la suya, infatigable y abierta a todas las corrientes” (citado en Portuondo 1975, 364). Ramos cuestiona la polaridad de Rodó —trabajo compulsivo versus ocio creativo— y agrega la de paz versus guerra para reivindicar positivamente a la nación norteamericana frente al discurso arielista. Hemos visto como las distintas rebeliones armadas eran consideradas rémoras del pasado, propias de la premoderna actividad política. Estados Unidos en cambio, era el paradigma por excelencia de la modernidad porque estaba exento de las guerras internas:

El pueblo americano está todavía libre de grandes odios, fuera de sus divisiones internas de blancos y negros, cristianos y judíos, cien-por-cien y recién llegados, nórdicos y meridionales. Porque son las derrotas y victorias campales, los hechos “gloriosos” de guerra de donde nacen los odios colectivos. Y en Estados Unidos no se sabe bien aún lo que es guerra. (Ramos 1935, 146)

Resulta revelador que todavía hacia 1935 Ramos eluda no sólo el tema de las incursiones armadas estadounidenses en otros países, sino también la Guerra de Secesión. En su *Panorama de la literatura norteamericana* ciertamente hace mención a la guerra civil del siglo XIX, sin embargo es claro que a su juicio ésta no reviste la suficiente importancia como para constituir una significativa excepción a comprometer la anterior afirmación. También se le resta importancia a los conflictos raciales y sociales al proponer una idílica visión de la sociedad norteamericana: “Sin renegar de mis sentimientos ni abandonar mis ideales de latino, iberoamericano, los Estados Unidos no son para mí sino un ensayo social, el gran ensayo humano por excelencia de nuestra era” (Ramos 1935, 6). A lo largo de sus revisiones historicistas, Ramos tropieza con algunos acontecimientos históricos norteamericanos condenables: la voracidad de sus bancos en Cuba, la Guerra Civil, el patriotismo xenófobo, la esclavitud en el sur, y más. Todo esto lo minimiza, señalando esas evidencias como excepciones históricas causadas por ciertas anomalías: un sur estadounidense latinizado contrario al verdadero espíritu anglosajón, el comprensible fervor patriótico por la posguerra, el materialismo grosero de la inmigración judía, etc. Dichas excepciones no le impiden al autor concluir que “la América del Norte no fue en su origen, ni podrá ser ya por mucho tiempo, lo que en justicia creímos y nos puso en guardia contra ellos, desde la ambición de tierras de sus esclavistas sureños hasta el oro maldito de sus empréstitos

y sus vampirescas inversiones político-industriales de nuestros días” (Ramos 1935, 233).

Frente a este “gran ensayo social”, Cuba, advertía Ramos en *Entreactos*, corre el riesgo de ser absorbida dadas sus propias incapacidades:

Y si a pesar de nuestros esfuerzos bien empleados [. . .] somos aniquilados y absorbidos, la historia —esa historia que tanto parece preocuparnos— no nos acusará de haber perdido el tiempo insultando gratuitamente a los conquistadores, y tratando de echarles en cara defectos y faltas que deberíamos empezar por remediar en nosotros mismos. (Citado en Portuondo 1975, 364)

Recordemos, sin embargo, que para Ramos una posible aculturación cubana era condenada a través de la caracterización peyorativa de algunos de los personajes de *Tembladera*, quienes admiraban acriticamente la nación estadounidense. Para Ramos, sólo una élite patriótica estaba en condiciones de discernir correctamente los aspectos estadounidenses positivos de los negativos para evitar la absorción total. Personajes como el protagonista Joaquín sugieren una imagen especular del intelectual como único posible intérprete de una modernidad norteamericana, ya que tanto las masas como un gran sector de la clase media y alta carecían de una base intelectual y nacionalista sólida para no dejarse deslumbrar por los vanos espejismos estadounidenses.

La novela *Coaybay* (1926) vuelve sobre esta visión de una élite nacionalista capacitada para asimilar la hegemonía norteamericana. En el protagonista Washington Mendoza descubrimos los rasgos del Joaquín de *Tembladera*. La novela dramatiza como ninguna otra las problemáticas en torno a las polaridades nacionalismo versus americanismo y resistencia versus aculturación, demostrando hasta qué punto la posición privilegiada del intelectual cubano como legítimo intérprete de la modernidad estadounidense, no lograba ajustarse a estas polaridades.

Coaybay se inserta en una corriente realista, cuyos autores más representativos fueron Carlos Loveira y Miguel de Carrión, corriente que estuvo influenciada por el naturalismo francés que tuvo lugar a principios del siglo XX. La novela constituye un extenso ensayo interpretativo sobre la realidad política cubana. De ahí el tono descriptivo, moralizante y exhortativo, y el por qué los personajes funcionan como estereotipos que alegorizan conflictos políticos y sociales. La acción narrativa resulta anclar a la exposición de ideas preconcebidas por Ramos para intentar demostrar al lector, con pretensiones de objetividad, las razones de la inviabilidad republicana.

Los eventos narrados están dispuestos siguiendo un principio de causalidad que el autor toma de las ciencias naturales para arribar a la demostración de su hipótesis: la imposibilidad de consolidar la nación por la vía política y/o revolucionaria. El discurso cientificista impregna el lenguaje de la novela para caracterizar la situación nacional con expresiones como

“cuerpo inanimado”, “respiración artificial”, “organismos políticos”, “cretinismo político”, entre otras. En consonancia con una visión naturalista, los personajes son reducidos a una dimensión biológica que frecuentemente los animaliza:

Aquellos hombres de un raro desprecio a la muerte, al peligro y a todas las vicisitudes de una guerra primitiva y salvaje, casi individual, antojábansele tipos de otras edades, espectros de remotos indígenas, luchando tribu contra tribu por impulsos de un atavismo absolutamente indescifrable para él. (Ramos 1926/1975, 244)

En efecto, los impulsos atávicos determinan la conducta de los personajes, incapaces de evadir un destino prefijado de degradación: “Semiculta, insustancial, vanidosa; adoratriz voluble del éxito, de la moda y del lujo; egocéntrica e intolerante, y activa, ávida de sensaciones, indudablemente moderna. Pero incapaz de asimilar otras que las sensaciones más elementales de la animalidad” (Ramos 1926/1975, 346).

En el peyorativo retrato de sus personajes, se nos revela un narrador omnisciente que confirma su autoridad cognoscitiva hacia un universo socio-biológizado. Fuertemente influenciado por Max Nordau (Rodríguez Alemán 2003, 11) y siguiendo la apropiación del método científico propuesta por Émile Zola para la novela experimental, Ramos procede a mostrar, comparar y analizar las diferentes posiciones político-sociales respecto a la situación cubana en su totalidad. La conclusión de su análisis, —la comprobación de su tesis—, no ofrece una resolución conciliadora al conflicto político representado. La novela comparte así, el tono pesimista con el que Iñigo Madrigal (1973) caracteriza a las novelas naturalistas hispanoamericanas.

Asistimos a una revuelta armada en la isla de Coaybay (Cuba), vecina al poderoso país de Norlandia (Estados Unidos). Lo que se busca es derrocar la dictadura del general conservador Ricardo Monteblanco. El dirigente rebelde, don Marcelo Peñalba de Mendoza, es un viejo prócer independentista fiel a sus idearios nacionalistas. Retirado de la vida pública y ejerciendo como abogado en su antigua mansión en Naraguá antigua, se ve conminado a liderar la revuelta. Sus dos hijos Epaminodas (Minón) y Washington Mendoza se involucran en los acontecimientos. El primero había sido educado en París, habiendo adquirido un exquisito estilo de vida bohemio que permutará por la política dado su aburrimiento en la isla. El segundo, educado en Norlandia, es el personaje que representa y expone las ideas del autor. Convencido tanto de la inutilidad de su profesión como abogado, como de sus intentos por explicar sus ideas a sus compatriotas, se retira a la finca de Gualama dedicándose a criar puercos, aves y a sembrar hortalizas y frutas.

Estos tres personajes representan las diferentes visiones de las élites cubanas sobre la realidad nacional. Alternativamente, cada uno de ellos supone una respuesta frente al dilema de aculturarse o resistir. Don Marcelo

es un hombre de absoluta integridad moral apegado tercamente a un nacionalismo antiimperialista. Sus buenas intenciones sin embargo, lejos de lograr un cambio político en el país, conllevan a la perpetuación del caos y del parasitismo gubernamental de la nueva facción que llega al poder gracias a él. El cosmopolita Minón representa el legado cultural europeo, y su actitud varía entre la indiferencia y el deseo de insertarse en la estructura gubernamental neocolonial, lo cual logrará hacia el final de la obra al incorporarse al cuerpo diplomático coaybayano. Washington por su parte, escéptico hacia toda actividad política, opta primeramente por dedicarse al trabajo productivo en su finca del interior. A lo largo de la narración, el desencuentro con sus compatriotas por causa de sus ideas se va tornando cada vez peor: “aquello era demasiado materialismo para sus finos paladares. Los críticos literarios hablaban de Rodó y del canibalismo yankee, cuya infección parecía haber contraído el joven Mendoza” (Ramos 1926/1975, 155). El desencanto hacia su país llevará finalmente a Washington a su definitiva asimilación a Norlandia en donde cambia de nombre, de nacionalidad y contrae matrimonio con una norlandesa. La isla de Coaybay, mientras tanto, continúa bajo las mismas condiciones políticas, fuertemente sujeta a los dictámenes de Norlandia y gozando de períodos de paz relativa.

El destino final de estos personajes le proporciona a Ramos la oportunidad de examinar detenidamente las posibles alternativas frente a la hegemonía norteamericana. Mientras don Marcelo termina sus días en soledad abrazado a un nacionalismo romántico inoperante contra la ingerencia de Norlandia, Washington renuncia a su ciudadanía y a su propia identidad. Minón por el contrario, representa la continuidad del estatus quo neocolonial. Las decisiones de ambos hermanos son motivadas por algunos determinismos estipulados por Taine como el medio ambiente y la herencia biológica, en contraposición al padre, movido por el idealismo. Así se evidencia en una carta que Minón dirige a don Marcelo, para argüir los efectos benéficos que sobre la isla ejerce Norlandia:

Los pueblos meridionales han sido casi siempre objeto de la codicia del norte. Pero a cada invasión, las hordas han bajado menos hambrientas y mejor preparadas —por razón de sus duros climas y de sus necesidades— para sacar mayor partido de las ventajas naturales de nuestros climas. Los bárbaros han aprendido a sentirse hombres entre nosotros y nuestros pueblos a sentirse tales con el ejemplo de ellos. ¿Por qué no aceptar la posibilidad de una identificación futura? (Ramos 1926/1975, 334)

El clima y el hambre de los “bárbaros” resultan factores propicios para una posible aculturación. Esta consideración positiva tiene justificación en la épica modernizadora:

Es verdad que nuestras aduanas están administradas por un extranjero (. . .) Es verdad que nuestro ejército es sólo una policía rural, también dirigida por otro extranjero. Es verdad que nuestra situación internacional es un poco anormal,

un poco triste, ¡quién lo sufre, más que yo! Pero Coaybay está pagando religiosamente sus compromisos (. . .) y (. . .) la situación del país parece próspera y segura frente al porvenir. Se han hecho ferrocarriles y carreteras, se han construido escuelas, se han abierto espléndidos puertos al comercio universal. Y se han estudiado profundas reformas en nuestras leyes. (Ramos 1926/1975, 334)

Los efectos benéficos de la modernidad sobre la nación cubana tienen su correlato a nivel individual. Washington argumenta lo siguiente desde su exilio en Norlandia: “Allá [en Coaybay] soy un descontento, un hablador, un latoso incomprensible y estéril. Aquí un elemento activo de civilización, cada día más apreciado y mejor compensado por mi capacidad de organizador y mi honradez administrativa” (Ramos 1926/1975, 352). Tanto Washington como Minón habían “interiorizado las exigencias norteamericanas para garantizar la estabilidad del sistema imperante” (Ibarra 1981, 133). Washington inclusive llega a proponer la posibilidad de que “donde falten conocimientos o verdadera experiencia, que se alquilen los servicios de extranjeros hábiles, ¡aunque haya que sacar a concurso, en el extranjero, el cargo de Presidente de la República!” (Ramos 1926/1975, 132). La asunción de las premisas neocoloniales en un personaje como Washington funciona como forma de protesta ante una sociedad de la que se siente marginado. Con la denuncia de la inoperancia de las élites políticas cubanas enaltece su propia capacidad administrativa, la cual sí es reconocida en Estados Unidos.

A pesar de la interiorización neocolonial mencionada por Ibarra, la aceptación de la hegemonía estadounidense no está exenta de opacidad en la obra, tal como sucedía en *Tembladera*. Para Ramos, la integridad moral de don Marcelo y Washington viene dada por su asociación a espacios privilegiados de alta cultura cerrados a la multitud. Tanto el santuario de la biblioteca de don Marcelo, en la que éste se encerraba bajo estricta indicación de no ser interrumpido por nadie, como la sala de Washington dentro de su finca —con sus libros, bustos, retratos, fonógrafo, periódicos extranjeros, manuales, entre otras cosas— representan formulaciones de la austera sala de estudios del maestro Próspero en el *Ariel*. La biblioteca en el tradicional caserón de la zona antigua de Naraguá y la sala en la finca, alejada de la ciudad, se proponen como antítesis de la nueva zona capitalina de Pampaniyas. Esta última es el escenario de los cambios *norlandizadores*. En Pampaniyas habitan los españoles y sus hijos criollos adinerados dedicados al comercio secundario que saca dinero del mero distribuir, que multiplica los anzuelos del pescador foráneo y se contenta con una mordida a la carnada —y aún a la misma víctima— y pide siempre perentoriamente vía libre a los gobiernos, aunque su labor quede mecánicamente reducida a cero tan pronto falte carnada, o falten peces. (Ramos 1926/1975, 44)

La nueva ciudad metaforiza la ciudad aculturada, con sus chalets, sus *tennis parks*, sus *good-nights* y las bocinas de los automóviles de lujo. Su-

pone las nuevas “formas económicas y sociales” señaladas por Enrique Anderson Imbert en las que se enmarcan las novelas naturalistas latinoamericanas (citado en Iñigo Madrigal 1973, 79). En Pampaniyas viven las frívolas sobrinas de don Marcelo, dedicadas a la vida social, al consumo y a la moda. Frente a la imitación de las grandes ciudades norteamericanas, tanto el tradicional caserón de don Marcelo ubicado en la parte vieja de la ciudad como la finca de su hijo Washington resultan revalorizados. El espacio urbano, como señala Iglesias Utset (2003, 50) para referirse a las reordenaciones en la esfera pública que tuvieron lugar con el cambio de la hegemonía española a la estadounidense, “se vuelve campo de batalla representacional en el que luchan por prevalecer imágenes identificatorias de diferentes signos”. Del mismo modo en que en *Tembladera* se condenaba el deslumbramiento ante los rascacielos y la Quinta Avenida de Nueva York, en *Coaybay* queda estigmatizado el nuevo espacio urbano norlandizado.

La caracterización negativa de la capital supone una crítica muy precisa al modelo estadounidense de modernidad: las grandes ciudades. Esta visión vendría a conformar una de las varias expresiones de lo que Buruma y Margalit (2005, 16) denominan “occidentalismo” para referirse a los discursos caricaturescos sobre la modernidad occidental. Para estos académicos, el modelo de la ciudad occidental reconvertida en modernas babilonias, se ha erigido como el “símbolo perverso” de la codicia y el cosmopolitismo desarraigado en los discursos occidentalistas (Buruma y Margalit 2005, 31). El rechazo de Ramos hacia una burguesía comercial que identifica con el espacio de la nueva ciudad devela hasta qué punto el modelo estadounidense de modernidad entraba en contradicción con sus propios intereses: “Lejos de ser el dogma predilecto de los campesinos aplastados y desheredados, el occidentalismo con más frecuencia refleja los temores y prejuicios de los intelectuales urbanos, que se sienten desplazados en un mundo de comercio en masa” (Buruma y Margalit 2005, 40). Según el personaje Washington, “los pueblos de su propia raza” se habían dedicado a “copiar lo peor precisamente de los Estados Unidos: sus sistemas de gobierno y el ilusionismo derrochador de sus grandes empresas” (Ramos 1926/1975, 125). El lujo y el consumo —asociados a la clase comercial en ascenso—, así como la democracia anglosajona que parecen borrar los privilegios políticos y culturales del sector letrado, son los elementos condenados en el discurso occidentalista de Ramos. Al referirse negativamente a la emulación de la democracia anglosajona, el cubano se hace eco de manera inconsciente del discurso de Rodó al condenar la democracia *calibánica* del número. El sistema político anglosajón se traducía en Cuba, en la borrada de las jerarquías por las que abogaban estos jóvenes intelectuales como legítimos vehículos de acceso a una modernidad que sólo ellos eran capaces de asimilar apropiadamente.

Frente a los habitantes calibánicos de Pampaniyas, la hidalguía aristocrática de un personaje como don Marcelo, descendiente de los primeros inmigrantes españoles, es rescatada como símbolo de una identidad originaria. Sin embargo, se trata de una identidad que está marcada por su distancia de una realidad cambiante, en la que se ha producido una ruptura irreversible con el pasado. Hay que tomar en cuenta que ya en el siglo XIX con la expansión y consecuente modernización de la producción cubana azucarera dirigida al mercado estadounidense, se originó en Cuba una nueva burguesía criolla con espíritu empresarial afín a los valores e intereses norteamericanos, vistos como modernos en contraste con España (Pérez 1999). Frente a esta realidad, aunque tanto la biblioteca como la sala de la finca siguen proponiéndose como espacios privilegiados de autorización cultural en la novela de Ramos, es claro que se ha producido un desplazamiento significativo en la caracterización de éstos. Don Marcelo, como los íconos históricos exaltados en *Cuba Contemporánea*, representa un orden en vías de extinción. Washington Mendoza viene a reemplazar la agónica figura de su padre como una nueva élite moral y culturalmente capaz de guiar los destinos del país. La trayectoria espacial parte de la vieja ciudad para arribar al campo. El presente, ubicado en el espacio rural de la finca de Washington, no representa sin embargo, una vuelta nostálgica al pasado. En oposición al mundo de la política en el que se sitúa don Fernando, la economía se cierne como la panacea de los males nacionales. El trabajo productivo situado en el campo, no es el de los antiguos campesinos sino el de una moderna tecnocracia cuyo saber letrado conlleva a la maximización de la producción capitalista. Washington aclara a su padre que “se trata de modernizar y de organizar científicamente este predio patrimonial de la patria, para obtener de él su máximo rendimiento” (Ramos 1926/1975, 132). De allí que él se diferencie tajantemente de sus vecinos campesinos, los cuales basan sus labores en una tradición extemporánea, anacrónica:

Soportando de buen humor las bromas y cuchufletas de sus vecinos y aun de sus hombres a jornal, Mendoza lo había hecho él mismo casi todo, siguiendo las indicaciones de sus varios folletos y libros mandados a venir de los Estados Unidos. Aquello de criar gallinas por libros exasperaba a los buenos campesinos.

Los resultados, en tanto, iban dándole toda la razón (. . .) Los campesinos acabaron por rendirse y pedirle instrucciones al abogado. (Ramos 1926/1975, 145)

La legitimidad letrada del alter ego de Ramos queda así reafirmada, vía la superioridad ya no tan sólo en términos espirituales o estéticos, como lo quería Rodó, sino en términos productivos.

Es aquí donde el discurso occidentalista-arielista deja de funcionar para dar paso a un proamericanismo. Un proamericanismo problemático ya que, como vimos, reniega de la ciudad, máximo emblema de moderni-

zación de la sociedad norteamericana. Esta brecha en el discurso elitista se metaforiza en la trágica ruptura familiar. Don Marcelo es incapaz de comprender las “ideas raras” de su hijo Washington (Ramos 1926/1975, 245). Como el personaje de Joaquín en *Tembladera*, Washington elabora una recuperación anglosajona del valor del trabajo, en contraposición al ocio parasitario —herencia española— de las clases medias y altas. En particular, Washington rescata el trabajo manual basándose en una lógica pragmática que deslegitima las prácticas de cierto sector intelectual: “los teorizantes del tradicionalismo que sublimizan el fracaso de sus vidas disfrazándose de poetas y artistas, y los *poseurs* neófobos y afeminados, y los perezosos y los imbéciles: todo el mundo a callar, la carita vuelta a la pared, y un tratadito elemental de economía en las manos” (Ramos 1926/1975, 133). El nuevo modelo entonces sustituye al artista finisecular decadente y sensible por una suerte de *farmer* estadounidense que, sin embargo, no abandona sus actividades intelectuales.

En su posterior *Panorama de la literatura norteamericana* (1935), Ramos interpeló las premisas de Rodó acerca de la vaciedad espiritual del pragmatismo estadounidense: “Se acusa a los Estados Unidos de un descarado pragmatismo contrario al idealismo español, pero este pragmatismo lleva siempre consigo un impulso de renovación” (citado en Olguín 1947, 296). Ramos se propuso demostrar que había una correlación equivalente entre el desarrollo económico y el espiritual que se evidenciaba en la cantidad admirable de escritores y pensadores norteamericanos. Al intentar conciliar la idea del pragmatismo estadounidense con una espiritualidad renovadora —dicotomía antitética para Rodó— Ramos se reafirma en una teleología modernizante excluyendo de su proyecto a otros posibles actores: los comerciantes, los viejos caudillos y las masas.

Hasta qué punto este proyecto alternativo rural de modernización basado en la figura del letrado productivo fue viable, es algo a lo que parece responder el mismo Ramos con el destino de su personaje Washington. A la par que consigue la anhelada libertad en Norlandia como empresario exitoso, accediendo a la libertad en la que “cada hombre desde que nace tiene ante sí una meta definida que alcanzar: hacer dinero, hacer capital” (Ramos 1926/1975, 246), Washington permanece irremediamente aislado de su entorno afectivo coaybayano. Rechazado por el padre y malinterpretado por sus compatriotas, la renuncia a su identidad coaybayana para asumir la ciudadanía norlandesa apunta a la imposibilidad de colmular con una comunidad imaginada nacional que sólo es posible en el deseo.¹³

13. En medio del general cuestionamiento del estatus neocolonial, Ramos reconsiderará el papel de Estados Unidos en Cuba hacia los últimos años de su vida (Rodríguez Alemán 2003).

REFERENCIAS

- Aronna, Michael
1999 "José Enrique Rodó's Ariel: The Therapeutic Program for Pan American Recovery". En *Pueblos enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*, 87–134. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Buruma, Ian, y Avishai Margalit
2005 *Occidentalismo: Breve historia del sentimiento antioccidental*. Barcelona: Península.
- Céspedes, Diógenes
2002 "El efecto Rodó: Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico. Los intelectuales antes y bajo Trujillo". En *Los orígenes de la ideología trujillista*, 147–222. Santo Domingo: Colección de la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- Cornejo Polar, Antonio
1984 "Inmediatez y perennidad: La doble audiencia de la literatura de la fundación de la república". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 20: 45–54.
- De Certeau, Michel
2006 *La escritura de la historia*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- De la Fuente, Alejandro
2001 *Una nación para todos*. Madrid: Editorial Colibrí.
- Fernández Valledor, Roberto
1991 "El modernismo y dos publicaciones claves en las letras antillanas: 'Cuba Contemporánea' y 'Revista de las Antillas'". *Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe* 13: 104–111.
- Guerra, Lilian
2005 *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early-Twentieth-Century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Hennessy, Alistair
2000 "Epilogue: 1898 and All That". En *The Cultures of the Hispanic Caribbean*, editado por Conrad James and John Perivolaris, 241–257. Gainesville: University Press of Florida.
- Herrera McElroy, Onyria
1981 "Nacionalismo en la obra literaria de José Antonio Ramos". Ph.D. disertación, University of Arizona.
- Ibarra, Jorge
1981 *Nación y cultura nacional*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Iglesias Utset, Marial
2003 *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898–1902*. La Habana: Ediciones Unión.
- Iñigo Madrigal, Luis
1973 "La novela naturalista hispanoamericana". En *La novela hispanoamericana: Descubrimiento e invención de América*, editado por Cedomil Goic, Hernán Loyola, Luis Iñigo Madrigal, Norman Cortés, José F. Osses, Antonio Skármeta, René Jara y José Promis, 71–94. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Joseph, Gilbert M.
2005 "Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina". En *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, África y Asia*, editado por Ricardo Salvatore, 91–120. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- Langley, Lester D.
1989 *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century*. Athens: University of Georgia Press.
- Molloy, Sylvia
1992 "Too Wilde for Comfort: Desire and Ideology in Fin-de-Siecle Spanish America". *Social Text* 31–32: 187–201.
- Montaldo, Graciela
1999 *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.

- Montes-Huidobro, Matías
 1990 "José Antonio Ramos: Viñeta a dos voces (1985–1946)". *Revista Iberoamericana* 56 (152–153): 845–852.
- Moore, Robin. D.
 1997 *Nationalizing Blackness: Afro-Cubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920–1940*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Naranjo Orovio, Consuelo
 2007 "El color de la nación. Inmigración española e imaginario cubano, 1900–1920". *Encuentro de la Cultura Cubana* 45–46 (verano-otoño): 215–225.
- Olgún, Manuel
 1947 "La filosofía de José Antonio Ramos y su afinidad con la del pueblo y los pensadores de los Estados Unidos". *Revista Iberoamericana* 12 (24): 291–299.
- Pérez, Louis
 1995 *Cuba: Between Reform and Revolution*. New York: Oxford University Press.
 1999 *On Becoming Cuban: Identity, Nationality, and Culture*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Portuondo, José Antonio
 1947 "El contenido político y social de las obras de José Antonio Ramos". *Revista Iberoamericana* 12 (24): 215–250.
 1975 "El pragmatismo y las impurezas de la realidad". En *Coaybay*, escrito por José Antonio Ramos, 361–385. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Ramos, José Antonio
 1935 *Panorama de la literatura norteamericana (1600–1935)*. México, D.F.: Ediciones Botas.
 1962 "Tembladera". En *Teatro cubano contemporáneo*, editado por Dolores Martí de Cid, 301–383. Madrid: Aguilar (Publicado originalmente en 1918, La Habana: Imprenta El Siglo XX.)
 1975 *Coaybay*. La Habana: Editorial Arte y Literatura. (Publicado originalmente en 1926, La Habana: El Siglo XX.)
 2004 *Manual del perfecto fulanista*. La Habana: Editorial Letras Cubanas. (Publicado originalmente en 1916, La Habana: Jesús Montero.)
- Rancière, Jacques
 1996 *El desacuerdo: Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Real de Azúa, Carlos
 1976 "Prólogo". En *Ariel: Motivos de Proteo*, escrito por José Enrique Rodó, editado por Ángel Rama, ix–xxxi. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rodó, José Enrique
 1976 *Ariel: Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. (Publicado originalmente en 1900.)
- Rodríguez Alemán, Francisco
 2003 *José Antonio Ramos: Un hombre de su tiempo*. Santa Clara: Editorial Capiro.
- Wright, Ann
 1988 "Intellectuals of an Unheroic Period of Cuban History, 1913–1923: The 'Cuba Contemporánea' Group". *Bulletin of Latin American Research* 7 (1): 109–122.